

## **DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Isaías 63, 16c-17.19c; 64, 2b-7): *Tú, Señor, eres nuestro padre.*

**Salmo** (79, 2ac y 3b.15-16.18-19): *«Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve»*

**2ª lectura** (1ª Corintios 1, 3-9): *Él os mantendrá firmes hasta el final.*

**Evangelio** (Marcos 13, 33-37): *Estad atentos, vigilad.*

Comenzamos un año, no el astronómico, pero sí el litúrgico. Y todo comienzo entraña situarse en la realidad para ver sus posibilidades.

A Isaías, poeta y profeta de la esperanza, el presente de su tiempo le producía sinsabor y tristeza, porque comenzaban una etapa nueva de su vida y la realidad no era tan paradisíaca e idílica como la habían imaginado. Volvían de un destierro muy largo, creían volver a un jardín cubierto de flores y bañado por ríos, con ciudades bellas y engalanadas en las que vivían sus parientes antepasados, que no habían sido obligados a emigrar, acomodados en sus viejas costumbres agrícolas y ganaderas de supervivencia, adueñados de las posesiones de los desterrados. Y cuando ponen los pies en el suelo de esa tierra todo se desvanece. Ni jardín ni flores ni agua ni casas ni campos ni pastos ni parientes.

Él, que tanto había insistido para animarlos a la vuelta, se siente culpable. Dios le ha hecho una mala jugada. Ellos que habían soportado siglos de exilio, que habían conseguido mantener la fe a base de contar esas historias y que, basados en ellas, habían fundamentado la esperanza de un futuro feliz que Dios les construiría. Ahora, esa esperanza ya pensada con detalle, no la ven. Dios les ha fallado. ¿O es que siguen siendo culpables y por eso la suerte no les sonrío?

Curiosa e importante esta consideración de Isaías. Cuando Dios se oscurece la culpa aparece y atrapa. Si Dios ha sido siempre el solucionador de sus problemas ¿Cómo es que ahora los mete en otros? ¿Cómo los saca de una tierra en la que vivían bien acomodados y los mete en otra, la suya, pero extraña, en la que todo está por reiniciarse y recuperar? ¿Qué Dios eres Tú? No contaban con que este Dios de sus antepasados es el Dios de la vida y de la Historia. Y lo mismo que la vida, la historia hay que reiniciarla en cada generación porque nunca se la conquista del todo. A Dios hay que redescubrirlo cada día, y hay que reiniciar la historia con Él cada día, y hay que estar preparados para sus sorpresas cada día.

Por eso el evangelio de este comienzo del año litúrgico nos avisa: «*Vigilad..., Velad*». Con Dios uno no puede dormirse pensando que ya lo conoce y lo tiene. En cada momento de la vida puede darnos la sorpresa y querer reiniciar el proceso de nuestra amistad con Él. No es amigo de rutinas. No quiere quedar atrapado en las costumbres que ya no dicen ni hacen vida. Va a venir de nuevo, pero con novedad, no como estamos habituados. Va a venir en Navidad, pero tenemos que estar despiertos porque, si no es así, podremos no reconocerlo. Y eso nos llenaría de culpa, de desánimo y desesperanza. ¡Menuda carga! Pero si abrimos los ojos, Él se deja ver.

La tarea de un cristiano es realizar con su observancia el designio divino que se nos confió en el bautismo. No basta escuchar y aprender lo que Dios nos manifiesta en sus continuas bondades, es necesario observar y cuidar bien cuanto el Señor nos requiere a través de su Palabra.

Nunca podremos decir que hemos conseguido el objetivo, puesto que la lucha frente al “*enemigo*” es incesante y nuestra fragilidad manifiesta. No podemos presumir de firmeza más que cuando observamos la presencia del don del Espíritu que nos regala fortaleza. Es un don que tenemos que activar mediante la aceptación de esa fuerza interior que dinamiza nuestra debilidad hasta el punto de ver cómo somos capaces de sacar fuerzas de flaqueza.

San Pablo nos recuerda que por parte del Altísimo gozamos todos los dones del Espíritu mientras aguardamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Nos advierte también de esa responsabilidad que pone en nuestras manos “*mantenernos firmes en la esperanza*”, a sabiendas que por parte de Dios ya está todo hecho; ahora nos corresponde a nosotros aceptar la invitación divina y afirmarla en nuestra propia vida.

Corremos el riesgo de instalarnos en lo ya adquirido y confiarnos en ello, olvidando que nuestra responsabilidad es la de mantenernos firmes en la observancia. Ello requiere la actitud vigilante para que nada ni nadie distraiga nuestra atención. En el ejercicio de esa vigilancia hay que tener presente que el “*adversario*”, el enemigo más peligroso es la falsa confianza que nace de nuestra comodidad o descuido que debilita nuestra responsabilidad.

Creer que Dios va a cubrir nuestras deficiencias no es la mejor forma de asumir la responsabilidad que se nos ha dado; puede, y de hecho lo es con frecuencia, ayudarnos a no desfallecer en la tarea de mantenernos firmes hasta el final, pero nunca Dios nos priva de nuestra libertad en el ejercicio de nuestras responsabilidades.

No debemos olvidar que, no somos sólo ciudadanos de este mundo, sino que hemos sido invitados a formar parte de la nueva ciudad santa, la Jerusalén celeste en la que nos aguarda nuestro Señor, Cristo Resucitado. La vigilancia toma entonces el sentido de observar bien si los bienes de este mundo nos distraen de alcanzar la gloria que nos espera en la vida eterna.